

1229/1164
c.1

Santiago, 8 de Marzo de 1939.

EN TONTILANDIA.-

Geólogos y estadistas coinciden en señalar a Tontilandia como uno de los países más inseguros e inestables de la tierra.

Si el suelo es poco tranquilizador, el subsuelo no lo es menos.

Cada movimiento político de la superficie corresponde casi siempre con otro sacudón, no más consciente de las capas subterráneas, y así va Tontilandia de remezón en remezón, por no decir de tumbo en tumbo.

Pero, como la costumbre forma una segunda naturaleza, los tontilandeses, lejos de amilanarse ante los terremotos, les han perdido el respeto hasta el extremo de utilizarlos en su beneficio.

Su actitud se asemeja, en cierto modo, a la de algunas tribus africanas que, cansadas de ver a los cocodrilos vivir y alimentarse a costa de ellas, han dado al fin con el secreto de alimentarse y de vivir a costa de los cocodrilos.

Así, hoy por hoy, el terremoto constituye en Tontilandia una industria floreciente, o, para hablar con más exactitud, la única industria floreciente del país.

No es, pues, de extrañar que, en los círculos oficiales, en cuyas manos está el fomento de la producción, el mismo dé lugar a las más exóticas y pintorescas manifestaciones.

A la sola noticia del siniestro, el partido mas fuerte del Gobierno se viste de manarracho.

Con totalitaria pulcritud - la dictadura y el vestón están reñidos - cada afiliado endosa su camisa color "rata en acción" y su corbata "verde bilis", y provisto de abundante material de propaganda, se lanza a la zona devastada.

La camisa del hombre feliz, no daría más dicha a su dueño: colecta fondos, requisita automóviles, discrimina socorros, obstaculiza el tránsito, almacena productos, reparte folletos a los hambrientos, opera a los sanos, desentierra a los difuntos, se echa un rifle al hombro, supedita a las autoridades, se desentiende de la fuerza armada y asume, en una palabra, la suma del poder público.

A los ciudadanos no les llega la camisa al cuerpo; pero, a sus desinteresados se les pega la suya como telaemplástica.

Entretanto, en Cretinópolis, los altos funcionarios del Estado, se debaten en la camisa de once varas, que, como insignia del poder, acaba de otorgarles la nación.

Dentro del régimen caótico-totalitario, calcado de Abisinia, que rige por el momento en el país, la importancia, ya que no la autoridad, de cada ciudadano se mide por el largo de su túnica, y, víctimas de su descomunal indumentaria, el Gran Negus y su Visir, no se dan un momento de descanso.

El Gran Negus se ha hecho cargo de las jiras, y el Visir, de los giros; pero sólo las primeras llegan a los damnificados.

Sin parar mientes en este detalle, el Visir elabora un proyecto distinto cada día. El país cuenta a su haber con un nuevo terremoto y hay que aprovecharlo para financiar el presupuesto, dotar de facultades extraordinarias al Ejecutivo, fomentar las industrias, dar impulso a la habitación barata, mediante la construcción de nuevas poblaciones que encarezcan las que habían de reconstruirse, etcétera.

Cada proyecto consulta un plan no menos variado de contribuciones destinadas a llenar deficiencias en que ha incurrido el terremoto y a completar la obra del sismo.

Es una solución equitativa que llena de satisfacción a los tontilandeses.

-Aprobada la genial concepción gubernativa - me dice uno de ellos - no se va a notar cual es la zona arruinada. Todo el país

estará igual.

Por su parte, el Negus que, por estar girando como trompo, no ha tenido tiempo de imponerse de ningún proyecto, se esfuerza por demostrar a los damnificados que, siendo el terremoto la industria nacional por excelencia, todo el dinero que figura en el plan fomento se invertirá exclusivamente en la parte menos asísmica de la isla.

A veces, algún turista se permite insinuar dudas acerca de la eficacia de tales medidas.

-Si el presupuesto va a saldarse con empréstitos y la producción va a fomentarse con parte del dinero que se extraiga a la misma producción, ¿qué va a hacer este país en el futuro agobiado de deudas y contribuciones?

Pero nunca falta un aborígen que le contesta:

¡Bah! ¡Eso lo arreglamos con otro terremoto...!

-¡Pero, señor...!

-Lo que le digo: Mientras el subsuelo de Tontilandia siga tan inquieto como la superficie, no tenemos por qué inquietarnos: Con un terremoto al año para saldar el presupuesto y fomentar las industrias, estamos al otro lado.

-¿Y no piensa usted en las víctimas?

El tontilandés baja la cabeza:

-¡Ah! ¡Las víctimas! De veras... Créame que las tenía casi más olvidada que el Gobierno...

Y luego con voz sorda:

-Pero ¿piensa usted que en Tontilandia las víctimas son más dignas de lástima que los sobrevivientes?

CELICH UC

Centro de Estudios de Literatura Chilena

Pontificia Universidad Católica de Chile